



LEER DESPACIO

Concurso de Relatos del XVI Día del Pírfano

Amanece. Un tenue resplandor entra por la ventana y me obliga a abrir los ojos, Tranquilidad. Esa tranquilidad que echo de menos cuando estoy en la ciudad. Aquí no se oyen ni coches ni conversaciones ni golpes... todo es relajado y sobre todo silencioso. Ese silencio roto por el trinar de los pájaros y ladridos lejanos de algún perro más madrugador. Huele a café. Me levanto y voy al comedor.

— Aquí estoy Aurora. Me llamas y acudo. Sabes que puedes contar conmigo siempre. Espero a que me digas, cuando quieras, el motivo de tu llamada.

— De momento te vas a dedicar a descansar y ya habrá tiempo de hablar de lo mío. Quiero que estos días los pases lo mejor posible y ya hablaremos.

Aurora. La persona que siempre ha estado ahí cuando la he necesitado. Mi amiga de la infancia. Ya desde el colegio éramos inseparables. Mi madre me dijo que sus padres albergaron la esperanza de que un día nos casáramos. Pero yo siempre la consideré una amiga. Y eso que dicen que un hombre y una mujer no pueden ser amigos, si amantes. Bueno, se decía. Ahora los tiempos han cambiado y hay infinitas combinaciones entre las personas. Pero no, Aurora era mi amiga con mayúsculas y aún lo sigue siendo, a pesar de que los dos hemos enviudado seguimos confiando el uno en el otro y tenemos lo que se llama "complicidad".

Por eso al recibir su llamada y notar su preocupación, no dudé ni un momento en viajar al pueblo de nuestra infancia, buscando su tranquilidad y la mía.

Confieso que no estoy bien, Tengo por dentro ese gusanillo de la desilusión, de no llegar, de sentirme vacío. La soledad me puede. La casa se me cae encima. Y no me había ocurrido nunca. Siempre he retado al destino y he superado las adversidades. Así que estos días servirían de terapia para los dos. Se lo comenté a ella y como siempre sonrió y se le puso esa cara que conocía tan bien, esa cara de no pasar nada y que todo tiene solución.

— Pues no te veo mal.

— Es todo fachada. Tenemos que hablar y mucho.

— Mi padre te espera para su paseo matutino, Ya sabes que eres su preferido.

Rafael. ¡Cuánto me quiere! Recuerdo que, de pequeño, me daba cinco reales para golosinas y una colleja cariñosa. Sabía que en casa pasábamos necesidades. Mi madre, viuda con poca paga no llegaba a final de mes y él siempre nos echaba una mano. Él y Adela, la madre de Aurora, aunque de ella recuerdo menos cosas pues murió joven.

— Vamos por el sendero que lleva al río— dijo Rafael.

La mañana era espléndida. La primavera ya estaba adelantada y todo era fresca y verdor. Los manantiales rebosaban agua y su murmullo era relajante al máximo. Lo necesitaba, y mucho.

— Este año hay un montón de truchas. ¿Vendremos a pescar?

— Pues claro. Así recordaré mi infancia con un palo y una cuerda. ¡Y pensaba que picarían! Te voy a confesar una cosa que ni mi madre supo nunca. Tu sobrino y yo nos bañábamos en las pozas que estaban prohibidas sin ningún asomo de peligro por nuestra parte. ¡Qué atrevida es la infancia!

A media mañana nos acercamos al bar —la antigua cantina—. Ya no existían las botellas grandes de cristal con ese vino espeso que te atravesaba la garganta como un puñal. Sí. De pequeños bebíamos un poco antes de regresar a casa. Nos mandaban a por él y aprovechábamos para echarnos unos tragos.

— ¿Qué te trae por aquí ?

Enseguida caí en la cuenta de que no sabía nada de la llamada de su hija. Así que le seguí el juego y le comenté que no se preocupara.

Ya se lo diría más adelante. Ahora solo quería disfrutar unos días de paz y sosiego y recordar retazos de mi infancia que me venían a borbotones.

— ¡Arriba gandul! ¡Que se te pegan las sábanas! ¿A qué hora subiste de la calle?

— ¡Déjame un poco más!

— No. Desayuna y baja. Aurora te espera.

Eso ya era otra cosa. Anoche estuvimos a punto de descubrir una gruta pero se nos hizo tarde. Igual hoy tenemos más suerte. Nuestras correrías duraban de la mañana hasta bien entrada la noche. Desayuno, calle, comida... no, después de comer la siesta era sagrada. No se podía negociar. Merienda, calle. Cena, calle. Nos pasábamos el día en la calle. ¡Qué gozada!

Fue al querer coger un nido cuando descubrimos la cueva. Estaba un poco alto. Aurora se movía casi más rápido que yo. No tenía miedo a nada. Cuando estábamos en lo alto del árbol vimos una especie de hueco en la roca. Sin pensarlo nos metimos. Avanzamos un buen rato y lo que apareció ante nuestros ojos nos dejó con la boca abierta. Era un espectáculo sobrecogedor. Caían gotas de agua por todas partes. Nos llamó la atención una especie de agujas de hielo y las mil formas que tenían las rocas. Nos asustamos y salimos rápidamente.

En cuanto llegamos a casa gritábamos al intentar decirlo. Mi madre y Rafael no creyeron ni una palabra de lo que decíamos.

— ¡Que es verdad! Vamos cuando queráis.

Tan pesados nos pusimos que los cuatro fuimos al Ayuntamiento a hablar con D. Fulgencio, el alcalde.

— Vale, vale. De acuerdo. Vamos a comprobarlo.

Y así, aunque os cueste creerlo, se descubrieron unas pequeñas cuevas que hoy en día reciben muchos visitantes. Son preciosas y le han dado vida al pueblo que estaba un poco olvidado. Se cerraron las fábricas durante la crisis y ahora la economía comenzaba a despegar.

Poco a poco se pasaban las vacaciones. Unos días al río. Otros a cazar ranas, a buscar nidos. Siempre había algo que descubrir.

— ¿Te acuerdas cuando venían los feriantes?

— Pues claro. Nos pasábamos el día con ellos. Sobre todo con Nuria, la hija de los dueños de la Ola, que nos dejaba subir gratis.

— ¿Y cuándo se quemó el circo?

— No nos dejaban acercarnos pero nosotros nos las ingeniamos para ver cómo lloraba la gente sin poder hacer nada. Los payasos los que más. Nos llamó mucho la atención pues pensábamos que los payasos no lloraban. No quedó nada. Después se recogió dinero para ayudarles y volvieron al año siguiente. Hicieron una función gratis.

— ¡La comida está exquisita! —le dije con tanto énfasis como pude.

— No exageres. Siempre has sido muy adulator. Son platos muy sencillos.

Era una excelente cocinera. Siempre lo había sido. Y también muy modesta. Por eso me gustaba tanto. Por eso era mi mejor amiga y por eso estaba un poco arrepentido de no haber llegado a nada con ella después de enviudar.

Ya con el café por delante abordé el tema.

— ¿Qué pasa? ¿Qué problema tienes?

Miró a su padre y suspiró.

— Perdóname papá por no habértelo dicho pero no quería hacerte sufrir.

— No tengo que perdonarte de nada. Ya sabes que he respetado siempre tus decisiones.

— Me han detectado una enfermedad de las llamadas raras. No tengo defensas pero tampoco saben exactamente qué es y si tiene cura.

Nos quedamos estupefactos. No podía ser. ¡Si estaba llena de vida!

— Os voy a pedir algo. No me tengáis lástima, por favor. Aceptar las cosas tal como son. Yo ya lo he hecho y pienso seguir teniendo el ánimo y sonrisa de siempre.

— Pero ¿ algo se podrá hacer? Una segunda opinión. Otro hospital en otra ciudad más grande...

— Lo podemos intentar.

No me lo creía. Me negaba a creerlo. Por un momento se me pasaron por la mente toda la vida de amistad con ella. El destino era muy cruel.

Tres meses más tarde y de vuelta al pueblo las risas se oían por toda la casa. Estaba a punto de llegar Navidad y el belén ya lucía con todo su esplendor. Era pequeño, pero no le faltaba de nada. Menos las figuritas todo era natural. La tierra, el musgo, las rocas. Los cogíamos directamente del monte. Rafael era el encargado de las luces y de poner agua natural al río. Así recordaba sus tiempos en el taller de coches con el que se ganó la vida.

— ¡Este trabajillo me quita años! Esperemos que vaya todo correctamente.

Todo perfecto. Las luces, las figuritas. Todo.

— Nos presentaremos al concurso. Seguro que ganamos.

— Ya hemos ganado Rafael. Hemos ganado el mejor premio de toda nuestra vida. Que Aurora no tenga nada es el mejor regalo del mundo.

— ¿De qué os reís? ¿Qué jolgorio es este?

Nos miramos y las risas todavía fueron más escandalosas.

— Y tú —el padre señalaba a su hija en plan acusatorio—. ¿ No sabes leer?

— Os prometo que, a partir de ahora, voy a leer hasta la letra más diminuta de todo lo que caiga en mis manos.

— Más te vale —concluyó el padre.

El misterio se develó en la primera consulta que fuimos para que nos dieran otra opinión sobre la enfermedad de Aurora.

— Señora. Estos análisis no son suyos.

— Pero ¿qué me dice?

— Si Vd. me ha dicho que se llama como se llama, en el ordenador que tengo delante estos resultados pertenecen a otra persona.

Se nos quedó cara de bobos, por no decir otra palabra más fuerte. Como fuerte fue el abrazo que nos dimos y las gracias reiteradas al médico.

— Ha sido un error de transcripción. Si quieren pueden poner una reclamación o incluso una denuncia por el daño moral causado. Imagino lo mal que lo ha pasado desde que recibió los resultados.

— De momento, vamos a celebrarlo. Ya veremos.

Y vaya si lo hicimos. Al mejor restaurante de la ciudad y el mejor menú. Después un paseo y obra de teatro, al que éramos muy aficionados los tres.

— ¡Ya pican! ¡Era grandísima!

— Ya tenemos la cena —dijo Rafael.

Todo era alegría. Yo también me encontraba mucho mejor. Tenía que volver a la ciudad, aunque no me apetecía nada. Pero tenía obligaciones.

— Prometo volver en verano.

— ¡Pues claro! Ya sabes que aquí tienes tu casa y tu familia.

— ¡ Un abrazo! Y dos y los que quieras Rafael.

— ¡Gracias por todo! Repetí una y otra vez.

Ya en el coche tomé una decisión que me cambiaría totalmente la vida. Le pediría a Aurora matrimonio...

Pero esa es otra historia.